

VIERNES DÍA 5 CHARLA TARDE - TUBERÍAS AGRADECIDAS POR DONDE DISCURRE EL AMOR DE DIOS (Lc. 17,7-10)

1. Las dos desproporciones
2. Las certezas del corazón del discípulo de Jesús:
3. “Mi vida tiene Señor, tiene dueño”.
 - a. “Mi vida tiene misión”. (Mt. 20,1-16)
 - b. “Soy un “mandado”. La obediencia es cauce del hacer de Dios.
 - c. “Es desmedido lo que se me ha encomendado”.
 - d. Agradecimiento sí, el mío, pero lleno de humildad y de realismo
 - e. “Hacer lo mandado y tener paz del corazón”
4. Jesús, el verdadero siervo obediente.

Hoy estamos bebiendo de las fuentes de la libertad: hacia dónde queremos que vayan nuestras aguas, nuestros días, en qué dirección, qué queremos hacer con nuestra vida concreta, con qué actitudes queremos vivirla, qué o quién las conduzca. Esta mañana veíamos que esas aguas, a veces, se estancan y no fluyen. No encuentran mirada y, si no encuentran mirada, no encuentran cauce. Esta tarde vamos a ver que otras veces esas aguas afortunadamente, fluyen y corren y fecundan la tierra. La imagen de hoy es la de las “tuberías” del amor de Dios. Nuestra libertad es para, si Dios tiene a bien, convertirnos en tuberías de su agua, de su proyecto, de sus planes, de su presencia. A través de nosotros acercarse a las personas. Y a veces convertirnos en tuberías de vuelta: recibir el agua que de otros viene, que de otros mana, el agua que de otros nos sacia y que sigue siendo su agua viva.

1. Las dos desproporciones

Estos días estamos viviendo **dos desproporciones muy distintas**. Hay una desproporción que nosotros la hemos situado en el **“a pesar de”**. Si miramos el poder de nuestras preocupaciones, de nuestros sufrimientos, de nuestras situaciones sin salida, del mal y de la injusticia en el mundo; si miramos el poder del pecado en nuestro corazón y en las estructuras de poder en la sociedad y en el mundo... vemos que toda esa zona es muy real y que tiene un poder devastador casi omnipotente. Si miramos ese poder de cara y con mirada lúcida, nos sale pensar que ni yo ni la humanidad tenemos futuro por nosotros mismos. Sentimos con mucha fuerza las “dimensiones desproporcionadas” de toda esa zona oscura en nosotros y en el mundo. Y nos sale espontáneamente pensar que, humanamente hablando, no hay razones para la esperanza. **Primera desproporción.**

Pero durante estos días nos hemos situado también en la **segunda desproporción**, la de Dios. Ésta no ignora, ni niega la primera. No se aleja de ella, no la evita o mira para otra parte. Hemos dicho que surge **“en medio de”** ella. Es precisamente, en medio de esa primera desproporción, donde brota la segunda. El “milagro” de esta segunda desproporción es posible **“gracias a”** que se nos ha dado otra mirada. Una mirada que ha sido tocada y alcanzada por la Gracia, de tal manera que ha descubierto una “parte de la realidad que estaba enterrada”, que no se veía a primera vista pero estaba. La Gracia no inventa esa realidad oculta, la descubre, la desvela, la intuye, la encuentra. Y por eso la “parábola del tesoro escondido” es literalmente lo que nos ha pasado a los que hemos descubierto esta dimensión oculta de la realidad. Incluida la sorpresa y la alegría.

Hemos ido encontrando **en el fondo de la realidad** a un Dios cuidando de todos nosotros y de este mundo loco, a un Dios presente en “formatos pequeños” al que se le escaba la mirada y el corazón hacia todas las viudas que dan lo que tienen; hacia todos los publicanos que viven en pura súplica; hacia heridos que son ignorados en los caminos; hacia todos los ignorados, incontables e incontablemente olvidados; hacia mujeres encorvadas durante muchos años, que perdieron palabra y dignidad. Durante estos días hemos descubierto con asombro a todo un Dios remangado y agachado ante tanta higuera que no da fruto. A un Dios trabajando en la realidad, cuidando el trigo y soportando la cizaña. Un Dios trabajando en lo oculto, a veces sintiendo destellos radiantes de su presencia y de su acción, otras muchas veces sabiendo en fe que “continúa trabajando **en lo escondido**”...

Pero cuando hemos mirado a Jesús, clavado en la cruz por esta humanidad, entonces ya nuestra sensación de desproporción ha dejado de hacer pie. Dios mismo cargando con todo aquello que hiere de muerte nuestra esperanza. Un Dios que no quiere hacer trampas, que prefiere atravesar a pie esa zona tremenda y dañina, antes que sobrevolarla desimplicadamente. Cuando uno descubre todo el amor salvador, redentor, esperanzador que supone semejante acontecimiento entonces es capaz de pronunciar palabras que, en otro contexto sonarían cínicas: “¡todo está salvado!”.

Esta tarde queremos **situarnos entre ambas desproporciones**. La una nos encorva hacia la desesperanza, la otra nos abre los ojos a una esperanza mayor. Es verdad que nos cuesta lanzar puentes entre las dos desproporciones. Nos cuesta particularmente ver la segunda dentro de la primera; introducir dentro de nuestra mirada casi escéptica, la mirada teológica. Por eso queremos acudir a dos claves que vamos manejando estos días: el poder de la “mirada” y la posibilidad de “hacernos pequeños”.

Una de las cosas que más queremos pedir hoy, porque más necesitamos siempre es poder **ver toda la realidad como la ve Dios**. ¡No me extraña que la mayoría de los milagros en el evangelio sean precisamente de curación de ciegos! Porque ahí está mucho de lo que nos pasa. Pedir a Dios mirarlo todo como Él lo mira. ¡Dios ve y conoce mucho más mal, mucha más podredumbre, mucha más miseria de lo que alcanzase a ver a la mirada más cínica o de lo que siquiera pudiera ser capaz de soportar cualquier sensibilidad humana! Dios conoce el poder del mal desde dentro. Pero ese mismo Dios, que sabe hasta qué punto puede llegar la miseria y la crueldad humana, es el mismo que no quiere dejar de sostener esta realidad, el mismo que constantemente sale a buscarnos, el mismo que vuelve a contar con nosotros para que pongamos, de su parte, un poquito más de perdón o de aliento o de esperanza o de amor, en la parcela de la realidad que nos encomienda.

Pedirle mirada al Señor, esta mañana, para **ver a las personas tal como Él las ve**. A las personas que sacan lo mejor de nosotros mismos (que eso no cuesta poco) y las que sacan lo peor (que eso nos cuesta más). Mirar al misterio que cada persona es, más allá de su comportamiento, de sus reacciones o de sus equivocaciones. Mirar que en contra de lo que parece este mundo no

está huérfano, mirar que tiene Padre/Madre. Saber que el mal va a seguir su avance imparabile porque es poderoso pero saber que el “poco bien” tiene mayor densidad de humanidad y de eternidad que el “mucho mal”.

Pedirle mucha mirada buena a Dios y **pedirle también “hacernos pequeños”**. No como una pose o una humildad fingida. Sino porque humanamente somos más pequeños que lo que pretenden nuestras autosuficiencias. Porque es eso lo que más somos: pequeños. Porque cuando no queremos ser pequeños, cuando perseguimos grandezas o llenarnos de nosotros mismos estamos ocupando el lugar que en realidad le corresponde a Dios habitar en nosotros. Y porque hay un tipo de pequeñez lúcida y agradecida que nos llena de libertad, de dignidad y que deja más hace a Dios en nosotros y, a través de nosotros, en el mundo.

De eso nos habla esta pequeña parábola en la que queremos entrar esta mañana. El relato del siervo inútil y agradecido. Esta parábola es preciosa porque viene a contarnos **lo que pasa “al día siguiente” de la Gracia**. Cuanta el día a día de una persona que en su momento recibió de parte de Dios esta mirada de la que estamos hablando. Cuenta en qué consiste eso de hacerse pequeño delante de Dios y cuanto de salvación y de buena noticia puede ser eso para uno mismo y para el cacho de mundo que a cada cual nos toca vivir.

En esta tarde la mirada que quiere el Señor despertar en nosotros es la mirada de quien ve a Dios trabajando en el mundo, trabajando en la realidad y no desentendiéndose de ella. Pero también la de alguien que además ha descubierto que este Dios ha tenido a bien contar él o con ella, en su inmensa y callada tarea de cuidar y salvar a la humanidad; de cuidarnos y salvarnos a todos nosotros. Nos acercamos esta tarde a **la mirada del discípulo**. ¿Qué habita el corazón de un verdadero discípulo? Porque según lo que habite en su corazón así será su mirada. Y para responder a esta pregunta Jesús, una vez más, nos cuenta esta diminuta parábola en la que es el mismo discípulo quien confiesa las certezas de su corazón:

2. Las certezas del corazón del discípulo de Jesús:

a. Mi vida tiene Señor, tiene dueño.

Lo había visto muchas veces Jesús. Después de un día intenso de trabajo arando o cuidando el rebaño, los criados regresaban a la casa de los terratenientes de Galilea y continuaban allí su tarea, preparando la cena y sirviendo a su amo. Nadie se extraña de eso. Lo raro hubiera sido lo contrario. Que al venir el criado del trabajo, fuera el amo y le dijera que se sentase a la mesa. Jesús pregunta ¿Quién de vosotros, si fuera amo, haría esto? La respuesta es evidente: nadie. Más bien lo suyo es que el criado, después de realizar los trabajos del campo, atendiera a las labores domésticas. Eso era tan normal que sonaría hasta ridículo, y desde luego provocaría la risa de los oyentes, que el amo se pusiera a servir a su criado y a agradecerle el haber hecho lo que en realidad era su trabajo, lo que le correspondía hacer, lo mandado. Era evidente.

Jesús parte de esta evidencia cotidiana, conocida y aceptada por todos. Y a partir de ahí su mirada contemplativa, compone para nosotros esta pequeña parábola, de apenas cuatro versículos.

De este relato hay **dos cosas que no suelen gustar**, cuando se lee este texto desde nuestra mentalidad moderna. Lo cual es llamativo. No nos gusta el adjetivo “**inútil**” aplicado a nadie. Decir que “somos unos siervos inútiles” nos parece volver otra vez a esa mentalidad en la que parece que uno tiene que estar constantemente humillado y todo lo demás o es orgullo o autosuficiencia; algo negativo, en cualquier caso. Nos suena a que no sabemos disfrutar ni reconocer el valor de lo que hacemos, ni apreciar la dignidad de lo que somos. Parece que, para engrandecer a Dios, tenemos que rebajarnos y minusvalorarnos a nosotros. Una sana autoestima evitaría como la peste llamarse a uno de sí mismo “siervo”, y menos, “inútil”.

Y la segunda cosa que disuena, que no suena bien, a nuestra mentalidad moderna es la afirmación de **que nuestra vida tenga Señor, tenga dueño**. “No hay más dueño de nuestra vida que uno mismo” dice orgulloso y bastante molesto el hombre moderno. Aunque luego esta sociedad nos dé poquísimo margen de libertad real. Y aunque nosotros luego acabemos sometiéndonos a las cosas más peregrinas. (El ser humano ha logrado emanciparse de Dios... para quedar esclavizado de los móviles)

De ambas objeciones: el considerarnos “siervos” y además “inútiles” hay que leer la parte de verdad, de razón que tienen. Porque saberse “siervo inútil” sólo puede ser una experiencia de vuelta. De quien, precisamente, ha tenido que hacer un recorrido en sentido contrario.

Un creyente adulto puede sentirse identificado con ese personaje de la parábola, sólo cuando ha llevado a cabo un doble recorrido: **Primero**, el recorrido de **haberse hecho dueño de su vida y de su libertad**, en la medida que sea. Pero uno está en esa dirección de buscar su propia verdad. Intentando ser fiel a sí mismo, por encima de ideologías, de idealismos, de normas, de miedos, de dependencias, de lo que piensan los otros.

Uno ha tenido que ir soltándose por dentro, liberándose de todo lo que le ataba al personaje que representaba ante los demás y ante sí. Hasta ser uno mismo, y sobre todo, hasta ser uno mismo delante Dios. Que esa es, en realidad, nuestra verdad más profunda. La mirada de Dios es la que nos devuelve nuestra auténtica verdad: “Recuerda, oh hombre, que cuanto eres ante Dios tanto eres y no más, y no menos” (San Francisco de Asís). ¡Menos mal! Eso es volver a nuestra verdadera identidad.

Y un **segundo** recorrido: el de **haber descubierto**, haberse encontrado o haber sido derribado (que de todo hay) por la presencia improgramable y majestuosa del amor de Dios que nos habita. Golpeado por la Enormidad entrañable de Dios. ¡Y **la enormidad de su amor para conmigo!** ¡Tan cercano y tan Dios! ¡Tan totalmente Otro y tan entrañablemente Tú!

O ha tenido la gran suerte de que Jesús se le ha ido haciendo por dentro “Señor”, en lo más hondo del corazón. Ésta es una Gracia que nace directamente de la Resurrección de Jesús. La Gracia de saber que Jesús está vivo y es el Señor, es “mi Señor”. Es el Señor de la historia, Señor de vivos y muertos, Señor de los pequeños.

El que atraviesa por estas experiencias (que no tienen por qué ser espectaculares ni tumbativas, a veces suceden muy poco a poco) es colocado en otro lugar. En otra Orilla. **Ha nacido de nuevo**. Su sitio ya es otro. Las cosas cotidianas siguen siendo las mismas pero le va creciendo por dentro la vivencia de que su vida tiene dueño, tiene Señor. Y esto, lejos de ser una experiencia alienante, la percibe como si, por fin, las cosas estuvieran en su sitio.

Hay un momento en la vida de un creyente en el que **Dios se va adueñando amorosamente de su vida**. Es una preciosidad cuando un creyente adulto puede orar así: “Toma mi vida, Señor, toma Tú lo que es tuyo”. Porque uno acaba sabiendo que su vida es de Él y para Él. Y entonces nuestra voluntad comienza a rendirse. Se rinde unas veces como quien ha sido totalmente seducido:

suavemente. Otras veces se rinde como quien, después de una larga lucha por defenderse, al final acaba siendo invadido y vencido. Y se rinde. Salvadora y amorosamente rendido. (Es curioso que la palabra “rendirse” sea a la vez un símbolo amoroso y de lucha, de combate). Es eso que expresa tan bellamente ese himno:

Desde que mi voluntad
está a la vuestra **rendida**,
conozco yo la medida
de la mejor libertad.
Venid, Señor, y tomad
las riendas de mi albedrío;
de vuestra mano me fío
y a vuestra mano me entrego,
que es poco lo que me niego
si yo soy vuestro y vos mío.

Es como si todo ese largo y difícil camino por conquistar la libertad personal hubiera sido una preparación para esto. Para devolver, ahora libremente, sobrecogidamente, agradecidamente al Señor lo que en realidad siempre ha sido Suyo: mi propia vida, mis afanes, mis amores, mis temores, mi trabajo, mis afectos, mi torpe amor... Nos recuerda a esa oración de san Ignacio: *Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer. Vos me disteis, a Vos, Señor, lo torno. Todo es Vuestro: disponed de ello según Vuestra Voluntad. Dadme Vuestro Amor y Gracia, que éstas me bastan.*

Paradójicamente, cuando uno se adentra en la vivencia de que su vida tiene semejante Señor, experimenta **una extrañísima libertad interior**. Libre de demostrar, libre de competir, libre de quedar atrapado por la culpabilidad, libre de tontos sueños de superioridad o autoafirmación. “Libre para ti, mi Señor y mi amor”. Y el corazón y la vida se ensanchan. La mejor libertad se queda a medias si no da con un tú. Se queda a medias si se queda en la fortaleza de la autosuficiencia del yo. En cambio, cuando nuestra libertad da con el Tú de este Dios, de este Señor, entonces ha encontrado su fuente. “La fuente de mi verdadera libertad eres Tú, mi Señor”.

b. “Mi vida tiene misión”. (Mt. 20,1-16).

Hay otra parábola, más larga que ésta, con la que podemos orar también esta tarde. La parábola del amo de la viña que va a la plaza a contratar **trabajadores para su finca**. El amo en persona sale a la plaza a buscarnos. Y no una vez sino tres, cinco, siempre. El Señor sale continuamente a la plaza de nuestra vida continuamente. Salió a primera hora del día de nuestra vida, ha ido saliendo a media mañana, a media tarde y casi una hora antes de caer el sol. **Dios sale siempre a buscarnos** a lo largo de nuestra vida. Y lo hace siempre de una manera distinta, siempre **con un amor y con un encargo** concretos, distintos. Las dos cosas. Un amor que nos acepta y nos quiere como somos. No necesitamos ponernos de puntillas para agradar a Dios. Y un proyecto, un encargo, que consiste en trabajar con Él en el mundo. Cada vez en una parcela distinta de su viña. No es bueno que vayamos a la misión, sea la que sea, si no tenemos grabado es el corazón este amor, fuente de todo envío.

A veces nuestra tarea y nuestro encargo tienen que soportar el calor y el peso de toda la jornada. Otras veces, en medio del trabajo y del cansancio, una suave brisa fresca nos consuela y nos recuerda que estamos trabajando para el Padre, que no estamos en el régimen de “trabajadores autónomos”.

Durante todo el tiempo que llevamos trabajando en su viña vamos aprendiendo que es importante trabajar con responsabilidad, porque lo que el Señor nos encomienda es demasiado valioso para Él y para mí. Sabemos que la responsabilidad, la sana eficacia, el buen hacer es importante. Pero mucho más importante, y origen de todo lo anterior, es **el roce con el amo**. Necesitamos encontrar el gusto de trabajar para el Señor, de trabajar con el Señor. Que se nos contagie algo de su amor, de su generosidad, de su gratuidad y de su misericordia. Que en nuestros trabajos se nos pegue algo de su paciencia, de su tesón, de su ternura, de su fuerza, de su imaginación. Trabajar para Él, con Él y ojalá, como Él.

Si aquellos jornaleros de la primera hora hubieran trabajado así, y no cegados en sus propios méritos, probablemente al final de la jornada su reacción ante los trabajadores de la última hora hubiera sido otra. Quizá hubieran pensado: “¡Qué pena que los últimos sólo hayan podido estar en la viña del Padre apenas unas horas! ¡Qué no hayan podido disfrutar trabajando con Él y para Él durante más tiempo! ¡Qué bueno que el Padre les tenga tan en cuenta como a nosotros! ¡Qué estupendo que las matemáticas de Dios no sean como las nuestras! ¡Qué suerte que a Dios no le sobre nadie, que a nadie dé por perdido, que no diga de nadie, por mayor o torpe que esté: “Va, por una hora escasa que va a poder trabajar éste”! ¡Qué bien, Señor, que precisamente sientas debilidad por estos últimos, siendo en tu corazón los primeros!

Hay etapas de nuestra vida en las que estamos en la viña a tope, en la acción, en el trabajo, metiendo incluso “horas extras”. Hay épocas en las que estamos a media jornada en la viña del Señor. Y otras, tan sólo “por horas”. A diferencia de los primeros obreros, **para Dios la cantidad no es lo importante**. Lo decisivo es recibir en cada momento un amor y un encargo concreto. El que me toca a mí en este momento. ¿Cuál es para mí hoy, Señor, mi amor y mi encargo de tu parte? Al final del día descubrimos que el amo de la viña lo es también de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestro esfuerzo y de nuestro corazón. Descubriremos que el pago por nuestros trabajos, muchos o pocos, es Él mismo.

c. “Soy un mandado”. La obediencia es cauce del hacer de Dios.

Por eso el criado de ambas parábolas se sabe **un “mandado”**, en el doble sentido de la palabra. Un “mandao”, un peón, alguien que tiene por encima (y al lado) al Encargado, al Señor. Y alguien que actúa no por iniciativa propia sino obedeciendo a ese Señor.

Nos alegra el corazón sabernos unos mandados y nos pone en nuestro sitio. Libres de tontas ambiciones y de vacíos reconocimientos. Tenemos la suerte y el gusto de trabajar para Otro. Para Alguien a quien amamos profundamente. Tenemos la

suerte de que este trabajar para el Señor nos saca de nosotros mismos, de nuestros narcisismos y nos mete de cabeza en el mundo. Es una suerte inmensa que la pasión de nuestro Dios sea este mundo concreto. Lleno de belleza y de pecado; que Dios ame este mundo tal cual es, incluso con el mal que produce. Lo mismo que yo. Que ame la realidad tal cual es pero que la sueñe distinta, más reconciliada, más libre, más fraterna, más justa. Y que en ese Sueño, que Jesús llamó “reino”, el Señor haya tenido a bien contar conmigo.

Es una suerte gastar mi vida, gastarme yo en semejante empresa. Porque una de las experiencias de muchos de nosotros es que en este trabajo Dios nos da infinitamente más de lo que nosotros invertimos. Se nos da Él mismo cada mañana y muchísimo de Él en tantas personas que nos pone en el camino. Y nos da nuestra ración cotidiana de fuerza, de amor, de paciencia, de entrega para llevar a cabo su tarea, cada día. Y unas veces tendremos unos días “lúcidos y otros merlúcidos”. No importa, el Señor nos da mirada amplia para mirarles más a Él y su generosidad que a mí y mi tacañería, mi mediocridad. Otra vez la mirada del discípulo queda ensanchada.

d. Es desmedido lo que se me ha encomendado.

Porque una de las sensaciones que tiene siempre el discípulo es la desproporción entre la tarea encomendada y sus propias capacidades.

Y esto no es falsa humildad. Es la realidad porque la misión que se nos encomienda es, de parte de Dios, dar vida allá donde estamos, allá en lo que hacemos. Una vida que viene de Dios, que no es una posesión nuestra. De ahí que no podemos evitar la sensación de que lo que llevamos entre manos nos desborda. Aunque objetivamente los trabajos que hagamos sean aparentemente muy simples o muy irrelevantes.

Nadie puede llegar hasta corazón de las personas y transformarlo. En el mejor de los casos nos quedamos a las puertas. Para dejar que sea el Señor el que entre y haga de las suyas en aquella persona. Nadie puede transformar la situación de muchas de las familias difíciles, correosas que nos encontramos en los barrios o en los despachos de Caritas, pero podemos ofrecerles nuestro interés real, nuestro empeño o compartir su impotencia.

Somos unos mandados y acaba resultando que la obediencia misma se convierte en cauce por donde trascurre el amor de Dios hacia el mundo. Un agua que refrescando mi vida, **es para el mundo**. La obediencia ya lo sabemos, unas veces coincide con nuestros querer y entonces nos alegramos y nos resulta más fácil y otras veces no coincide y entonces nos cuesta más pero sabemos que es ahí donde el Señor nos cita. ¿Qué experiencias tenemos de obediencia al Señor? “Vete y diles *todo* lo que yo te mande. No les tengas miedo”. “No hemos pescado nada pero *en tu nombre* echaré las redes.

e. “Agradecimiento sí, el mío, pero lleno de humildad y de realismo”

“¿Tendrá quizás que agradecer al siervo que haya hecho lo mandado?” “El agradecimiento Señor es el mío”. Porque más allá de esfuerzos y desvelos lo que hay en el corazón del discípulo, al caer la tarde, es agradecimiento y una extraña paz en el corazón. “Señor, no he hecho nada; nada más que lo que me habías mandado. Y ni siquiera sé si he llegado a hacerlo”. **En el corazón del discípulo hay mucho agradecimiento pero lleno de humildad y de realismo**. Un regalo tan grande como el que hemos recibido lo podemos ignorar, lo podemos manipular y lo podemos convertir, incluso, en una peana para subirnos encima. Así era el agradecimiento del fariseo que sube al templo a orar. Te doy gracias, Señor, por lo que ayuno, por la limosna que doy, por lo coherente que es mi vida, por lo entregada que es... y no como ese publicano”. El agradecimiento del discípulo convive perfectamente con la oración del publicano en el templo: “Señor, ten compasión de este pecador”.

La palabra “*achreios*”, que traducimos como “inútil”, tiene otras dos acepciones: “*persona indigna*” y “*persona a la que no se debe nada*”. Cuando un discípulo pasa estas dos acepciones por la experiencia de su corazón, no las siente ajenas o inadecuadas. Un discípulo sabe que a él “no se le debe nada”. Entre otras cosas porque se siente infinita y desproporcionalmente pagado ya. Y porque este pago sabe bien que es totalmente desmedido. “Que el Señor allá tenido a bien contar conmigo para llevar a cabo su obra en esta parcela del mundo no deja de sorprenderme. Me conozco lo suficiente para sentirme muy indigno de este encargo. Pero también conozco lo suficiente a mi Señor para mirarle más a Él que a mí. Más su misericordia que mi pecado. Más su fidelidad y su fecundidad, que mis logros o fracasos. Es una suerte, Señor, poder descansar en la convicción de que **“todas nuestras empresas nos las realizas tú”**. Poder hacer lo mucho o lo poco que nos has mandado y luego retirarnos a lo escondido de tu corazón donde está nuestra verdad más profunda y también nuestro sitio”.

2.- Jesús, el verdadero siervo obediente.

Jesús es este criado que, después de pasarse toda su vida trabajando sin descanso en la hacienda del Reino, en obediencia al Padre, al final de la tarde, no pide reconocimientos ni busca agradecimientos, ni siquiera el merecido descanso, sino que se puso a preparar la cena, aquella Cena entrañable, y a lavar los pies a sus discípulos, como sólo lo hacen los siervos. Sólo el Padre sabía cuánto amor y cuánta libertad había en ese extraño comportamiento.